

Zegusqua Pedagógica, que gira en torno a los “Pueblos étnicamente diferenciados, problemáticas y literaturas”, estas líneas solo tienen una intención provocadora para que el caudal de las palabras nos traiga nuevas historias.

Colombia es un país pluriétnico y plurinacional donde en medio de las historias marcadas por la alteridad negativa, en muchos casos por el genocidio, el pueblo afrocolombiano ha logrado su reconocimiento en los relatos singulares, en las gestas colectivas, las canciones de los grupos, las literaturas otras, las prácticas ancestrales. Con ellos los sujetos políticos responden a un relato con vocación de historia única, marcado por los imperativos de la cultura europea, embebidos en una modernidad a ritmo de progreso rampante, uniformados por la globalización. Frente a ello, esta ética del vivir sabroso busca maneras empáticas con la existencia misma, convivencia con las demás especies, armonía con la naturaleza.

A partir de las voces de algunas mujeres —políticas, maestras, líderes—, la revista estudiantil *Zegusqua Pedagógica* reconstruyó la noción de lo que implica vivir sabroso, los antagonismos e imaginarios sociales y la experiencia de ser negro en Colombia. Hace tiempo esos “nadies” se alzaron para convertirse en cimarrones u hombres libres, transformaron sus problemas en causas comunes, remaron a favor y en contra de las leyes absurdas, las letras de la literatura fueron denuncias, la música cantó aquella rebelión inspirada en el amor por “mi negra”, a la que un español le pegaba en la verja, la educación propia se convirtió en una estrategia poderosa de transformación, los y las deportistas sacaron la cara por este país. Hay en cada enunciado y práctica una forma de resistencia que conducen a lo mismo: “¡Queremos que florezca la alegría y que vivamos sabroso!” Así alzaba su voz la hoy vicepresidenta de Colombia, la doctora Francia Márquez (2022). Quisiéramos continuar con la resonancia de sus palabras.

Mi nombre es Francia Elena Márquez Mina, soy hija del pueblo negro, raizal y palenquero, madre de dos hijos. Nací en Suárez, Cauca, entre una montaña surcada por dos ríos, un territorio ancestral donde aprendí el valor de la tierra. Mis raíces son los pasos de cientos de miles de seres humanos esclavizados que entregaron su vida y trabajo por parir la libertad para esta nación. Desde muy joven hice de este legado mi mandato. De ellos y ellas aprendí que la dignidad no tiene precio y que resistir no es aguantar. (Márquez, 2022)

Volver a lo nuestro

Dimas del Rosario de Ávila Torres, maestra y directiva de una institución etnoeducativa en Cartagena, es licenciada en Educación Preescolar, especialista en Didáctica de la Literatura y el Lenguaje; magíster en Educación Intercultural Multilingüe y doctora en Cultura y Educación en América Latina.

Soy una afrodescendiente, con unas raíces muy arraigadas. Mi familia es de un pueblo de Bolívar que durante la Colonia fue un palenque, y se llama María La Baja, pero yo soy de Barranquilla. Desde nuestra cosmovisión, la concepción de vivir sabroso difiere mucho de la forma de pensar de Occidente, que de pronto significa progresar para acumular. Eso no quiere decir que los afrodescendientes o los indígenas no podamos conquistar bienes físicos. Por supuesto que sí, nos los merecemos; pero ese vivir sabroso tiene que ver con la relación que tenemos con la naturaleza, de cómo hacemos uso de los recursos que nos brinda; comprender que nuestros ancestros y ancestras han venido haciendo uso equilibrado de la tierra. Entonces, implica tener una casa digna, alimentos no procesados, propios de nuestro contexto, y salvaguardar la vida de todas las personas que habitan el territorio.

Yo vivo en la ciudad de Cartagena y cuando voy a los pueblos afros, definitivamente comer un sancocho en el que no utilizas platos, sino las hojas de plátano encima de una mesa, donde se coloca el bastimento o la vitualla, ñame, yuca, guineo, el pollo, la carne, el pato, el pavo, el pescado o lo que haya, eso es romper con ese pensamiento occidentalizado, asumir una filosofía de la simpleza en la que no pasa nada si la sopa se toma con una cuchara de palo y no de plástico. Ese tiempo de comportamientos configuran el vivir sabroso que compartimos negros, indígenas, raizales y campesinos. Es un acto de volver a lo nuestro, experimentar la sensación de sentarse en taburete de madera, dormir en una hamaca bajo un árbol de magno y sentir el aire, el viento que roza tu cara y que te invita a relajarte en medio de ese espacio.

La cosmovisión Vivir Sabroso proviene del continente africano, y se vincula con la filosofía Ubuntu, si tú estás bien, yo estoy bien, sea en singular o en plural; soy porque somos; tú por el nosotros. En Colombia esta forma de concebir el mundo es propia de un grupo étnico, los afrodescendientes; y solo nos equiparamos con los pueblos indígenas en la ética del buen vivir. Es tener todo lo que tú necesitas para estar en ese territorio con las condiciones que te mereces y que te ofrece ese medio, ya sean alimentarias, de salud, ambientales. En términos generales es el derecho que tienes de existir orientado por una manera de pensar, sentir y actuar muy particular.

Entre los antagonismos que podríamos encontrar a esta cosmovisión está todo eso que nos impone la industria cultural a través de los medios de información que, si no tenemos la identidad bien fortalecida nos lleva a pensar que lo nuestro es malo, es arcaico, que no es conveniente. Por el contrario, hay que perseverar en las formas como las comunidades han creado y recreado las manifestaciones culturales.

La tergiversación frente a esta filosofía se presenta por desconocimiento de la historia de los pueblos afrodescendientes de la diáspora africana en nuestro país. Cuando realmente nos interesemos por conocer la cosmovisión de las comunidades, seguramente lleguemos a respetarlos. El principio básico debe ser el respeto por la diversidad para que no se sigan dando casos como el reciente en contra de nuestra vicepresidenta Francia Elena Márquez Mina que han sido directas y muy sonadas en las redes sociales.

Ser negro afrodescendiente, o raizal en Colombia es un gran reto porque producto del pensamiento colonial, como bien lo explica Stuart Hall, Catherine Walsh, entre otros autores, se ha hecho sinónimo de relacionar todo lo afro con ser malos, sin formación académica y muchos estereotipos alrededor de nuestro grupo étnico.

Corresponde, hoy día, seguir dando la lucha desde el movimiento social para que la población comprenda como lo dice nuestra Constitución Política que somos un país multiétnico y pluricultural. Es necesario conocer la legislación para evitar la discriminación, la exclusión, el racismo. La educación debe educar en que somos sujetos y sujetas de derechos y que por lo tanto merecemos el respeto igual que cualquier otro ser humano. Además, fortalecer la identidad durante la primera infancia ayuda a nuestros niños y niñas a identificarse, reconocerse y autodeterminarse dentro de uno de los tres grupos étnicos diferenciados, gitanos, indígenas y afrodescendientes, sin que ello implique crear barreras o desconocerlos.

En el marco legal nacional, ser negro está contemplado en la Ley 70 o ley de las comunidades negras del 26 de agosto de 1993. Allí se explicita todo lo que tiene que ver con nuestro modo de vida y la cosmovisión. A nivel internacional, el Convenio 169 de la OIT reconoce los derechos de los indígenas y los grupos tribales; se nos concede el derecho a tener educación propia que en Colombia se llama etnoeducación, y aunque hay diferencias entre las dos, la idea es consolidar la primera. En él se nos protegen las lenguas criollas o vernáculos; las relaciones con el contexto; y, se nos nombra como pueblos.

Sabrosura con calentura

Yo soy Evelyn Domínguez, en mi formación profesional soy comunicadora social. Recién graduada de la Maestría de Comunicación de Southern New Hampshire University, de Estados Unidos. Para mí las razas ya no existen, existen mezclas raciales o personas con origen étnico específico, por ejemplo, soy afro, es decir, soy negra. Yo nací en Cali y tengo orígenes y relación con el pacífico, soy hija de un hombre mestizo y de una mujer negra, en mi familia molestábamos mucho con un chiste malo para esa mezcla y es que éramos piel canela tono 16.

La cosmovisión de Vivir Sabroso es una narrativa que te conecta con varias cosas: estar tranquilos en el lugar que vivimos, sin peligro a ser estigmatizado por tu color de piel, disfrutar de la música, pasarla como dice ChocQuibTown: "Eso es lo que hay". Para mí vivir sabroso no es una frase nueva sino vieja, de la que se ha escrito bastante, y en sí es un relato que otorga sentido a la vida en el Pacífico; sabrosura con calentura. Sin embargo, hay muchos imaginarios negativos respecto a los negros, que somos relajados, que no queremos trabajar, que no nos gusta producir nada. Desde luego: (como todos los seres humanos), unos hacen mucho, otros poco, nos dedicamos a actividades distintas porque vivimos en espacios diferentes. La ciudad nos pone en una relación distinta a las comunidades que viven en el campo. En la urbe nos toca asumir el tiempo de forma rápida, pero en los contextos rurales se vive más despacio: con la luz del día se trabaja y se goza con la luz de la noche.

Como decía, persisten muchos imaginarios negativos frente a las comunidades afros. Se cree que las personas que viven al lado del río no hacen nada. Mi familia habita en el Valle del Cauca, y en la montaña, cerca de la cordillera. En la época de la violencia, los hombres tuvieron que huir hacia la montaña y las mujeres se fueron para la ciudad,

con sus hijos, escapar de los disparos. Sobre la violencia no se habla, la gente no lo pregunta, la prensa no lo dice, otros no lo creen. Yo vengo de la zona rural, donde es importante vivir en comunidad como una familia, por ejemplo, tenía un tío (de 85 años de edad), que se levantaba a las cuatro de la mañana, recogía los frutos de la tierra, nos dejaba canastos con verduras, choclo, plátano en la puerta de la casa, eso es vivir sabroso. Creo que así somos en comunidad. Antes de emitir juicios equívocos se debería comprender las diferentes condiciones de lo que implica vivir en la ruralidad, asediados por la violencia, con pocas oportunidades y alimentarse de lo que dé la tierra, organizar la economía alrededor de quienes conviven en un pedazo de tierra.

Mi papá quiso que nos viniéramos a Bogotá para continuar con los estudios. Lo que pasa en esta contemporaneidad es que las oportunidades han mejorado para la población afro, y por eso ahora la gente se va a Cali, a Popayán, a Quibdó, a la capital del país y fuera de Colombia; creo que con la idea de buscar mejorar las condiciones de vida a través de la migración. Y al lado de esas mejoras se conserva la tradición asociada con los instrumentos musicales que son auténticos del Pacífico como la marimba de chonta, los tambores, los cantos, y toda esa musicalidad que tenemos culturalmente, la salsa, por ejemplo. Eso hiciera parecer que solo bailamos (que somos vagos), aunque, por suerte, ahora también se reconoce como un trabajo y una profesión. Lo que uno nota es que cuando los otros de otras etnias bailan entonces son artistas, pero si lo hacen las mujeres o los hombres negros, entonces el arte desaparece. No se debe permitir que ese tipo de discriminación se naturalice. Por fortuna, hoy el folclor de los pueblos afros es considerado un patrimonio cultural.

Yo creo que uno de los antagonismos a la visión de mundo del vivir sabroso es oponerla a una moralidad que pretende dictar lo que está bien o no. De lo que debiéramos ocuparnos es de la escuela a la que tendríamos que ir o de la formación para todos y todas y de nuestra cultura y lo que ello significa. De pronto uno se da cuenta de que se va perdiendo el acervo cultural. En lo afro, por decirlo de una manera, somos muy expresivos con el cuerpo, la música, la danza y el ritmo. Algunos pueden considerar que géneros musicales como la terapia o la champeta rayan en lo vulgar o lo incorrecto, pero no es así. Claro, también hay ritmos que son más formales o tranquilos, por ejemplo, el bunde chocoano. La cuestión es querer normalizar, bajo criterios foráneos, lo nuestro como si estuviera mal. Por ese camino solo se llega a la polarización porque de estigmatizar a la cultura se pasa a estandarizar a los seres humanos, entonces así aparecen expresiones de racismo soterrado como: "no nos gusta por ser negra", o lo que le hayan dicho a Francia Márquez, es parte de los adjetivos que siempre hemos recibido y nos acostumbramos. En el fondo hay afectación, seguro a muchos no les molesta y a otros sí. Aquí se trata de una persona, de una lideresa, ella o cualquier otra personalidad debe ser respetada.

Vivir sabroso es estar bien, trabajar en lo que a uno le gusta, tener para los tres golpes (esto es el desayuno, el almuerzo y la comida), conseguir honradamente el dinero para sobrevivir. Pero esto también tiene implicaciones estatales, por ejemplo, desde el Gobierno es necesario saldar las deudas históricas, satisfacer las demandas sociales. Es ridículo que en pleno siglo XXI haya comunidades afros sin acueducto, alcantarillado, instituciones educativas; cuesta creer cómo [en] el Chocó están tan pobres y con tanto atraso institucional.

En Estados Unidos el racismo se siente más hacia lo latino. Es lamentable que sean los propios latinos los que discriminen. Deberíamos propiciar el encuentro intercultural, no el odio ni el resentimiento. En mi experiencia, salir de un territorio y entrar en otro permite que se evidencie la diversidad, y esa singularidad necesita ser reconocida. A nadie se le debería considerar porque es negra, verde, gitana, lesbiana, no importa. Cada ser humano merece respeto, se da y se recibe. No imponer los prejuicios sobre los demás. Qué fácil se ha normalizado el irrespeto en este planeta. Vamos con hacha y machete, yo soy uribista y ustedes mamertos. Cualquier tipo de polarización es indeseable. Y pasa lo mismo entre cubanos, venezolanos, americanos, ingleses. Es casi una pandemia de la humanidad.

De los pueblos étnicamente diferenciados aún nos queda mucho por decir una y otra vez, así que la revista estudiantil *Zegusqua Pedagógica* deja abiertas las páginas para que sigan llegando sus literaturas, sus culturas, sus voces.

Referencia

Márquez, F. (2022). 10 cosas que no sabías de Francia Márquez. *Revista la Hora del Cambio por la Vida*.